

BEST SELLER INTERNACIONAL
LIBRO DEL AÑO SEGÚN *THE GUARDIAN*

MARC HAMER

Cómo cazar un topo



Y encontrarte a ti mismo en la naturaleza

Ariel

Marc Hamer

Cómo cazar un topo

Y encontrarte a ti mismo en la naturaleza

Traducción de Beatriz Ruiz

Ariel

Título original:
How to Catch a Mole: And Find Yourself in Nature

Primera edición: enero de 2020

© 2019, Marc Hamer, MOLECATCHER, Ltd.
© 2019, Beatriz Ruiz Jara, por la traducción

Ilustraciones: © Joe McLaren

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3166-9
Depósito legal: B. 26.303-2019

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

<i>Prólogo</i>	15
Al alba	19
Segar un prado	25
Topos dorados, topos de nariz estrellada y topos famosos	41
Toperas: salir de casa	49
Tierra	57
Túneles y sueño	67
Envejecer y caminar	83
Reproducción	97
Oxígeno	105
Gas y el pasado difunto	117
Veneno e invierno	127
Elementos disuasorios	133
Trampas para topos y cosas que se rompen	141
Hallar y arrodillarse	147
Tender trampas y marcharse	155
Matar	163
La fortaleza y la despensa de lombrices	169
La historia de la caza del topo	175
El futuro	185
<i>Epílogo</i>	191
<i>Agradecimientos</i>	199

Al alba

Aquí sentado, escribiendo sobre la mesa de la cocina, noto cómo una mariquita me sube lentamente por la pierna. Sin querer, me llevo a casa mucha fauna silvestre del trabajo. Escarabajos y arañas, algún que otro saltamontes bajo el cuello de la camisa, hormigas entre las arrugas de los pantalones de trabajo o que me han caído dentro de las botas.

La mariquita que tengo en la rodilla está intentando extender las alas. La carcasa roja que las recubre se abre, liberando las negras alas voladoras; pero la derecha está rota, doblada hacia atrás, y no se desplegará. Lo intenta tres, cuatro veces, recogiénola despacio de nuevo y tratando de abrirla una vez más. Quiere marcharse. Quizá he sido yo quien le ha hecho daño, no lo sé. Resulta fácil lastimar despreocupadamente aquello que es frágil y silencioso, romper y mutilar sin ni tan siquiera reparar en ello.

Ayer estuve retirando hojas caídas; un petirrojo que venía dando saltitos detrás de mí se comía los escarabajos y los gusanos que yo iba dejando al descubierto. Yo los destapaba, eran devorados, el petirrojo comía. Las cosas se rompen, las cosas cicatrizan y las cicatrices se curan, pero de vez en cuando te dan una punzada. Cada pasito que damos sobre la faz de esta tierra tiene consecuencias

y cada tarde, cuando vuelvo a casa, me cepillo las uñas para limpiarme los desechos del nacimiento y del sexo y de la muerte y de la putrefacción, y procuro deshacerme de todo ello.

Es más fácil no pensar.

Todos los días me ensucio las manos cultivando semillas y arrancando malas hierbas. Jugando con el caos, afinándolo levemente para que sea un poco más emocionante; plantando un jardín rojo o uno blanco; algunas veces, abrazando el caos porque nos parece hermoso y, otras, destruyéndolo porque decidimos que es turbio. Destruir a los topos y su aparente caos es una de las tareas de temporada que llega anualmente de forma previsible.

Hay ciclos rítmicos que se van entrelazando y laten simultáneamente con fuerza: cortar el césped una vez a la semana; podar anualmente los rosales; arreglar la glicinia tres veces al año; recortar el seto de laurel una vez al año, en agosto; recolectar las manzanas en otoño cuando me dicen que ya están listas; esperar a las heladas antes de podar los árboles frutales; arrancar y guardar las dalias antes de la segunda helada, luego replantarlas cuando el riesgo de helada haya pasado. Hacer compost, planificar los parterres, escoger plantas y comprar semillas en invierno. Plantar, desherbar y desbrozar; encargarme de las anuales, las bianuales y las perennes, y cazar topos en invierno y a principios de la primavera.

El año se divide en cuartos, señalados por sus celebraciones en los solsticios y los equinoccios, y estos hitos marcan el año para cualquiera que guarde un vínculo con la naturaleza. Son los hitos que indican el inicio de las estaciones. Los ritmos, los ciclos largos y los cortos, se entretejen arrastrados por el clima, siempre variable,

la duración de la luz del día y la temperatura. Cada hito supone el fin de un ciclo y el inicio del siguiente. Cada otoño rastrillo las mismas hojas rojas de debajo del mismo arce y las añado al mismo montón de compost. Solo que, por supuesto, no son exactamente las mismas hojas ni el mismo árbol ni el mismo montón de compost que el año anterior. Los topos que cazo en los túneles no son los mismos topos que cacé el año pasado.

Estos ciclos simultáneos e intercalados no logran impedir que me sumerja dentro de mí mismo y me pierda en lo que quiera que allí hay en un día determinado. Solo puedo reflexionar. Mi esposa, Peggy, a menudo está fuera por trabajo, mis hijos son mayores e independientes y viven en sus propias casas, y con frecuencia me paso días enteros sin ver a ningún otro ser humano —a veces dos, tres, cuatro días seguidos— y me veo incapaz de pronunciar una palabra de viva voz. Tengo a mi gata.



Esta mañana tengo más frío que una araña. Aún está muy oscuro. Tal vez sea ya demasiado viejo para estas horas tan tempranas, pero la almohada ya no me seduce. He perdido su favor para siempre. Rechaza a los viejos como yo. Internet dice que es porque los venenos químicos que saturan el ambiente me han calcificado la glándula pineal. Así funciona, dicen. Mercurio, calcio, fluoruro. Dice que debería ingerir más sustancias químicas para eliminar toxinas. Recomienda todavía más cúrcuma.

Mis sueños incompletos irrumpen en la duermevela, me he perdido por los túneles, solo y perseguido, estoy allí tendido, frío como una rana. Tengo problemas de conges-

tión nasal (soy alérgico a algo que hay en los espacios cerrados), y me quedo mirando durante mucho rato a medida que la oscuridad va menguando, y es como si la negrura se fuese fragmentando en microscópicos puntos grises que flotan, inasibles, antes del amanecer, antes de que salga el sol. Me duelen los músculos y me fallan las fuerzas; ayer me pasé el día trabajando y anoche bebí whisky. Sopeso la opción de apartar el cobertor. Me arrebujó en la calidez solo un momento, solo un brevísimo instante. Mis lentas transiciones oculares de visión monocroma a color. Me parece estar viendo cómo sucede. No hay colores en el mundo hasta que se hace de día.

Un toque de rosa en el aire gris y me pongo a pensar en café, y ese pensamiento me saca de la cama. Mientras el café cae siseando en la taza cojo a mi gata, que maúlla para captar mi atención, y compartimos calidez al tiempo que busco una emisora de radio que no me traiga ni noticias insoportables ni música ofensivamente cantarina. He vivido las vidas de muchos gatos; en más de treinta años, desde que Peggy y yo estamos juntos, nunca he estado sin gato. Nos hicimos pareja y nos procuramos un gato. Esta, Mimi, es gorda y sensual; se enrosca en mi regazo mientras la acaricio.

Con el café en las últimas noto una ligera náusea, puede que también sea alérgico al café. Una comedia en Radio 4 Extra que trata sobre los problemas de una familia que no ha conocido el miedo ni el hambre.

Ya casi ha amanecido del todo. La oscuridad dura más que la luz, hace frío, es diciembre. La brisa agita con un rumor las hojas secas. Podría encender un fuego y quedarme dentro con Peggy y la gata a ver pasar el día, pero, como siempre, algo tira de mí hacia fuera. No estoy hecho para quedarme en casa y tengo trabajo pendiente: poner trampas, revisar trampas.



Las cuatro de la mañana

*me desperté en un cuarto frío y oscuro
incapaz de respirar por culpa de un mal sueño
en el que no podía respirar*

*distanciados los dos
sintiéndome sin hogar y en plena huida
con la cabeza varada en la almohada blanca
como una concha hincada en la arena
la marea de la respiración entra y sale
ruidosamente
abriéndose camino por las estancias ocluidas*

ahogándome

*en dos horas se encenderá la calefacción
en cuatro horas el sol empezará a salir
en cinco horas Peggy se despertará*

*miro afuera más allá del ralo bosque invernal
donde las cosas que se entierran permanecerán enterradas
hasta que la tierra esté llena
y vengan las casas
y yo siento que me ahogo*

*con un chasquido y un estruendo
se enciende la calefacción
dos raudas horas oscuras ya pasadas
he estado contemplando las estrellas
frías y lejanas pero siempre presentes
¿he vuelto a dormirme?
no estoy seguro*

*desde una clara noche estrellada el alba indeseada
se arrastra por el Rookwood
y bajo el puñado de azoteas escarchadas
en el bosque de ramas desnudas
la gente se va despertando
y arañando sus coches
los grajos se posan
esperando a que el sol los temple
y yo me esfuerzo por respirar*

*Peggy se mueve
y vuelve sobre mi hombro la cabeza
pesada y cálida
mientras prosiguen los rasguños
y los cuervos se apiñan en un fresno desnudo*

*los escarabajos asoman
y los cuervos empiezan a graznar
y el río cercano
aún sin helar sigue bajando en su cauce
mientras el viciado aliento matutino de Peggy
regular y profundo
me mantiene anclado
cómodamente a manta y almohada*

*y la corriente, pienso en la corriente
e intento no ahogarme*

*la luz llega con el parpadeo
y Peggy abre los ojos legañosos
y tras perseguir ratones de campo
por la hierba escarchada
mi gata helada se ovilla con su frío pelaje
en torno a mis pies descalzos.*

Segar un prado

Los cazadores de topos publican folletos publicitarios y crean páginas web. Cuentan que los topos que aparecen en las pistas de aterrizaje pueden causarles graves problemas a los aviones en el momento de aterrizar, que los túneles que excavan podrían derrumbarse bajo el peso de un caballo al galope, lo que provocaría la caída del jinete. Estando en los potreros, los caballos podrían romperse una pata al tropezar con un túnel hundido excavado por un topo, y habría que sacrificarlos. Un puñado de topos puede sembrar de toperas una amplia extensión de terreno cultivable, que rápidamente quedaría plagado de malas hierbas, lo que causaría una merma en las cosechas y en la producción, la tierra dejaría de ser idónea para el pastoreo y los granjeros sufrirían pérdidas económicas. Los topos engendran aún más topos, que se desplazan a los terrenos adyacentes y echan a perder todavía más cosechas y pastos.

Antiguamente se daba la circunstancia de que las toperas destrozaban las cuchillas de la maquinaria agrícola que se usaba para cosechar el grano. Si la tierra de las toperas se mezcla con el grano, lo estropea y ya no sirve para nada. Si se recolecta accidentalmente junto con el forraje que se emplea para alimentar a los animales, esta tierra

puede ocasionar listeriosis en el ganado y en la leche que produce, y hacer que esta no sea apta para el consumo humano. Por estos motivos los granjeros han dedicado parte de sus beneficios a contratar a cazadores de topos. Durante siglos este gesto ha tenido, a su modo de ver, una lógica económica. Pero con el tiempo las cosas cambian y ahora se aconseja a los granjeros que levanten la segadora para evitar muchos de estos problemas. La maquinaria actual está diseñada a tal efecto y funciona.

La mayoría de los jardineros no tienen más remedio que aceptar con resignación el mal tiempo ininterrumpido que puede llegar a inundar un jardín durante semanas. Determinados animales, tales como las ratas, parecen ser el blanco del desprecio universal y hay que capturarlas, envenenarlas o dispararles; los ratones de campo suelen ser causa de regocijo; los erizos son objeto de adoración. Los nidos de abejas y avispa que colonizan el cobertizo de un jardín convirtiéndolo en zona prohibida pueden resultar desesperantes, pero por lo visto la acción de ninguno de estos invasores se percibe tanto como una afrenta personal como la del topo.

Algunas personas aparentemente cuerdas pierden el sueño por culpa del caos que acarrea consigo los topos. No nos gusta perder el control sobre nuestras propiedades, eso nos hace sentir incómodos, efímeros, débiles. Los topos pueden destruir jardines domésticos, y yo he sido testigo de cómo el propietario de una casa desarrolla un verdadero odio al perder el control y el dominio sobre su césped. He visto a gente enfurecida maldecir por toda la extensión de su jardín. Nace una obsesión y estos propietarios ven cómo sus vidas se enzarzan en una guerra infinita sin posibilidad de victoria.

Los topos son diminutos, graciosos y, al igual que el resto de la naturaleza, exhiben una completa indiferencia

ante nuestros sentimientos. Son destructores y siempre salen ganando. Tal vez parte de nuestra ira provenga del hecho de que nos gusta pensar en ellos como seres dulces y afables, con una personalidad individual, como el Topo de *El viento en los sauces*, con sus gafotas, su bondadosa erudición, su inocencia y su ansia por complacer. En la vida real, el topo no es tan introvertido ni tan modesto como nos gustaría. Se aprovecha de nosotros. Tal vez nos llevemos la impresión de que es más listo que nosotros. O quizá nuestra relación con aquello que poseemos, y de lo que hacemos ostentación, y el orgullo que sentimos hacia ello sean más profundos. La posesión de cosas que parecen permanentes nos infunde una sensación de permanencia. Nos sentimos inmortales gracias a nuestras pertenencias, y el topo que viene y las estropea, arrebatándonoslas, desafía algo que llevamos muy profundamente arraigado.

Los efectos de su perforación superan con creces el tamaño físico del topo. Cuando les enseño a mis clientes un topo muerto, muchos jardineros urbanos se sorprenden al ver lo pequeños que son. En nuestra imaginación, un topo conflictivo puede alcanzar proporciones colosales. Aunque normalmente mis clientes no sienten ningún deseo de ver al enemigo muerto, únicamente quieren ver el césped, un césped reluciente, solo la hierba bien limpia y lisita y listada, bajo control, a salvo, para siempre.

El topo perturba la serenidad artificial de un jardín hasta un punto que a algunos les resulta intolerable. La jardinería no es naturaleza: consiste en utilizar las leyes de la naturaleza y de la ciencia para imponer nuestra voluntad sobre un lugar, y para algunos esta necesidad de control alcanza cotas extremas. Una vez tuve un cliente que tenía un jardín urbano muy cuidado y que estaba

obsesionado con el desequilibrio que exhibían las ramas de su espléndido magnolio: tenía más en un lado que en el otro. No hay ningún ser vivo que sea perfectamente simétrico, y es en la imperfección donde se halla la belleza. Pero este hombre contó las ramas y cortó algunas de ellas para tratar de equilibrar el árbol. No tenía una visión prefijada de lo que quería, solo sabía lo que no quería. Yo estaba instalando trampas para topos cuando su pobre esposa regresó a casa y se encontró a su marido cubierto de serrín, con la sierra mecánica nueva en la mano y junto a una cosa que más que un árbol parecía un tocón. El tocón estaba un poco inclinado hacia la derecha.

Uno de los jardines en los que trabajo tiene un extenso campo de flores que siego todos los años con una guadaña. Empleo una guadaña porque no hace ruido y no contamina, pero sobre todo porque así los animales tienen ocasión de escapar. Las desbrozadoras y los cortacéspedes son demolidores para la fauna silvestre: aniquilan todo lo que encuentran a su paso. Las ranas, los sapos y los erizos acaban descuartizados, su carne se convierte en una pasta informe. Yo mismo lo he hecho y me he visto salpicado por la sangre. Profundamente afectado por esta masacre innecesaria, investigué para dar con métodos alternativos para segar un prado, y llegué a la conclusión de que podía invertir miles de libras en otra máquina o bien podía aprender a usar y a mantener una guadaña. Elegí la guadaña.

Las piedras de las toperas del prado arrancan fragmentos del filo de mi guadaña, que abre todas las temporadas tan afilada como la cuchilla que guardo en el armarito del cuarto de baño; pero a mí eso no me importa. Cada po-

cas pasadas me detengo y vuelvo a afilar la hoja de acero al carbono con una piedra fina de amolar. Al final de la temporada pico el borde abollado, empleando un martillo y un yunque, para crear un filo nuevo que, al igual que el de una cuchilla, tiene un grosor de monocristal.

Guadañar es una tarea físicamente dura que requiere muchos momentos de descanso, sobre todo a medida que me hago mayor, y por eso es un placer detenerme para aplicar la piedra a la cuchilla: suena un delicioso tintineo cuando la piedra golpea el acero, y luego un shuuui al deslizarse por el filo desde la base hasta la punta, tres veces normalmente, alternando un lado y otro de la cuchilla. Después la piedra vuelve a hundirse con un ruido sordo en el soporte de hojalata lleno de agua que llevo colgado del cinturón, y sigo guadañando o me quedo un momento contemplando los pájaros mientras recobro el aliento. La guadaña produce también un agradable sonido, un prolongado chas con cada pasada. Tiene un buen ritmo: oscilando desde la cintura, cortando de derecha a izquierda con los brazos relajados y extendidos, y avanzando lentamente paso a paso, cortando una franja de hasta dos metros y medio de ancho y dejando una hilera de hierba a mi izquierda a medida que los tallos van cayendo de la hoja de noventa centímetros. Chas, paso, chas, paso, chas. Sin tan siquiera yo buscarlo, todo acaba coordinándose con mi respiración. Inhalo al recuperar la posición inicial y dar el paso, espiro al girar el cuerpo para cortar. Largo y lento. Antes tardaba dos días enteros de verano en segar un prado: ahora soy más viejo y tardo más de tres. Puede que el año que viene ya no sea capaz de hacerlo.

A menudo veo correr, arrastrarse y saltar delante de mí a las pequeñas criaturas que escapan en dirección a la hierba crecida que todavía está sin cortar. No se oye

el brutal rugido de un motor de dos tiempos emanando humos, así puedo advertir el susurro de los erizos y apartarlos de en medio con delicadeza. Los sapos y las ranas saltan y reptan por delante de mí y freno el ritmo, o media docena de ratones de campo salen corriendo a toda prisa para zambullirse en sus madrigueras.

Es un proceso humano y las herramientas son simples y curtidas y honestas. He envejecido con estas herramientas: están fabricadas a mano en madera, acero y piedra, y ellas han envejecido conmigo y se han amoldado a mis manos. Tengo una relación con este tipo de herramientas: siento que todas las cosas del mundo que toco me tocan a mí a su vez.

Tradicionalmente, un segador con guadaña deja la última gavilla de cereal en pie para que John Barleycorn, el espíritu del grano, se esconda. Entonces se forma el fardo, se ata y se corta con un cuchillo o una hoz y se lleva a casa. Yo doy continuidad a esta tradición y me llevo a casa el ramillete de flores silvestres moribundas.

El prado es un lugar semisalvaje situado junto a un estanque, y no nos molesta que los topos vivan aquí. Forman parte de un ecosistema integrado por zorros, campañoles, ratones de campo, erizos y millones de criaturas voladoras, incluyendo libélulas, crisopas, sírfidos, faisanes, búhos, murciélagos y halcones. La población de topos se controla de manera natural gracias a los halcones, a los búhos y a los zorros. Aquí todo forma parte de la cadena trófica.

El prado se siega dos veces al año. Mediada la primavera, cuando está creciendo la hierba, rebajo los renuevos para que las flores silvestres que crecen más lentamente puedan prosperar. Luego, a finales de verano, cuando las flores ya lo fueron y dejaron caer su semilla y los tallos están secos, los corto y los dejo en el suelo, formando hileras,



hasta que el sol los seca y las últimas semillas han caído. La mayoría de las flores silvestres autóctonas crecen mejor en un suelo pobre y si dejara los tallos, estos se pudrirían, lo que aumentaría la fertilidad del suelo, de modo que los retiro cuando el clima es templado y seco con un inmenso rastrillo de madera para heno de noventa centímetros de ancho, y los traslado hasta el montón de compost: otro día de trabajo.

Después del equinoccio de otoño, en septiembre, los días se van acortando y empieza a sonar el teléfono. La gente ha descubierto que hay toperas irrumpiendo en la perfección de su césped y las quieren fuera de allí, hacen que el lugar se vea descuidado. En inglés, la palabra *lawn* proviene del galés antiguo *llan*, que significa «pasto» o «campo». El nombre de mi propio pueblo, Llandaff, en Gales, quiere decir «el campo junto al río Taff». Esa era la lengua que se hablaba en esta isla antes de que llegaran los anglos, los sajones y los jutos.

Cacé mis primeros topos en un jardín campestre inmenso y ondulante del sur de Gales que tenía a mi cuidado, donde yo era el jardinero, pero más adelante empecé a cazar topos también en otros jardines, dado que esta actividad me reportaba unos ingresos en invierno, que, de no percibir, dejarían mi saldo a cero.

En mis primeros tiempos como jardinero me preocupaba el hecho de que los pocos cazadores de topos que me había encontrado se demostrasen tan poco sensibles y que las criaturas estuvieran sufriendo. Cuando lo pienso, por supuesto, me doy cuenta de que yo no tenía ni idea de qué sentían. Los consideraba hombres crueles, pero yo no soy distinto a ellos, ahora ya no: el martillo da forma a la mano y yo me he amoldado a la vida que escogí.